

PRESENTACIÓN

Queridos Hermanos,

Invitándolos a sumergirse en el ambiente capitular, enviamos para todas las comunidades este Roteiro de formación que, esta vez, tiene la intención de preparar los religiosos para el próximo Capítulo Provincial. Pedimos a cada comunidad que viva este tiempo de preparación dejándose acompañar por el significativo contenido del presente Roteiro de formación, viviéndolo como un tiempo de gracia y preparación para tan importante acontecimiento para la Provincia.

Este Roteiro incluye la Carta de la Comisión Preparatoria, el texto del Padre Fiorenzo Salvi, sss – “El amor debe ser exagerado – el don que nace de la Eucaristía, además de, la Oración Capitular junto con las oraciones para el oficio de la mañana y de la tarde que deberán ser incorporadas a los momentos de oración comunitaria.

Les recordamos también que todos los religiosos nos pueden enviar contribuciones con temas que, ciertamente, serán un valioso aporte para la continuidad de los Roteiros de Formación, que mantienen las comunidades en constante formación, oración y comunión.

!Agradecemos su disponibilidad!

Equipo de Roteiros.

Estimados Hermanos.

Al servicio de nuestra provincia, fuimos nombrados integrantes de la comisión preparatoria del III Capítulo Provincial. Por tal motivo, desde Marzo hasta Mayo estaremos enviando documentos y preguntas que servirán de material para la reflexión de este importante momento congregacional.

Este mes estamos enviando el texto del Padre Fiorenzo Salvi SSS, respecto del Don de Sí, para la lectura y reflexión con todos los integrantes del Cenáculo.

En un primer momento, será importante que el texto sea leído atenta e individualmente, realizando una reflexión personal. Después de haber leído y estudiado el texto, solicitamos que comunitariamente sea respondida, por escrito, la siguiente pregunta: **¿Cómo podemos actualizar de manera concreta el Don de Sí en el interior de nuestros Cenáculos y misión?**

La respuesta deberá ser encaminada al e-mail comunicar.curia@sacramentinos.com hasta el 25 de Marzo. Luego nuestro equipo realizará una síntesis que será presentada en el Capítulo Provincial y enviará los trabajos siguientes a cada comunidad.

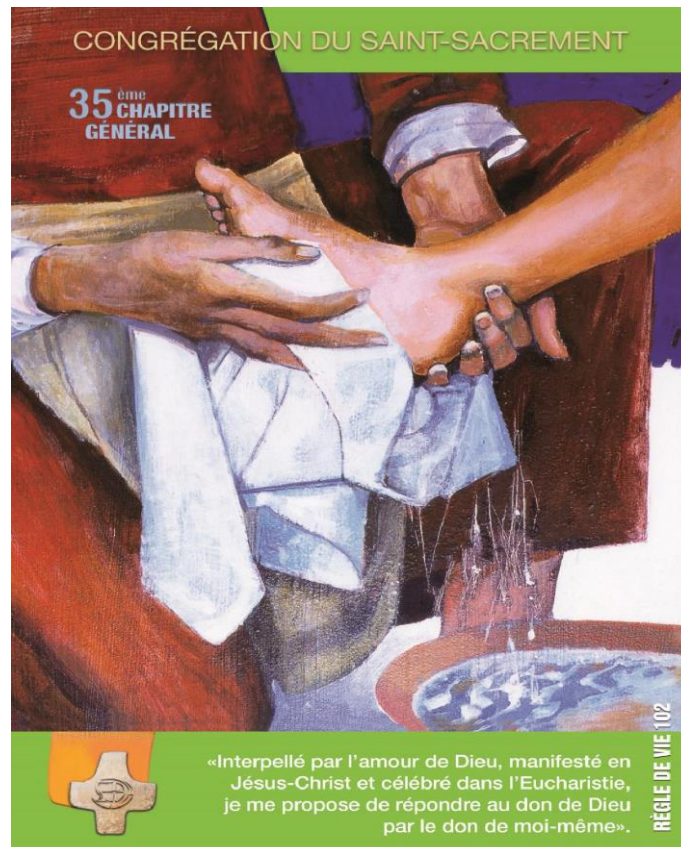
Agradeciendo a todos su participación, enviamos un fraterno abrazo.

Comisión Preparatoria del III Capítulo de la Provincia Nuestra Señora de Guadalupe.

P. Andrés Lorenzo Taborda, sss.
Hno. Gilton Ferreira de Holanda, sss.

Buenos Aires, 01 de Marzo de 2018.

Texto P. FIORENZO SALVI, SSS.
“EL AMOR DEBE SER EXAGERADO”
El don que nace de la Eucaristía



**Conferencia – meditación a los participantes XXXV
CAPÍTULO GENERAL Chicago, Illinois (EE.UU.), 4 – 24
Junio 2017.**

Traducción castellana del texto original:
P. ILDEFONSO MARTÍN HERRERO, SSS
Madrid, Noviembre 2017

“El amor no es otra cosa que exageración. Exagerar es ir más allá de lo prescrito. ¡Pues, bien! El amor debe ser exagerado.”

(P.J. Eymard, 31 octubre 1867, PR 124)

Estamos en el umbral de la experiencia de este Capítulo General, una oportunidad importante y señalada para la vida de nuestra familia.

En este camino, hagamos un alto, como el alpinista antes de afrontar la montaña, o como el atleta antes de entrar en la pista. Pidamos al padre Eymard que se siente entre nosotros y nos hable, que nos diga algo que nos nutra, nos inspire, nos ilumine para afrontar el compromiso que nos espera.

Mi cometido será el de ayudarnos a escucharle. Luego continuaremos con la reflexión, el intercambio y el diálogo entre nosotros.

Introducción

El tema de esta reflexión es el don de sí a partir de la experiencia del fundador para ver como él podría ser una fuerza de inspiración también para nosotros, teniendo presente la indicación del CGA 2015¹ y del tema central de la reflexión del XXXV Capítulo General:

“De la fracción del pan: familia – Don de sí – misión”.

«Te proponemos formar parte de una « pequeña» familia religiosa universal en la que cada miembro, animado por la pasión de la Eucaristía, Sacramento del Amor de Dios es conducido, como lo fue para San Pedro Julián Eymard, al don total de sí mismo y comparte esa pasión con hermanos y hermanas laicos para proponer al mundo, con audacia y creatividad, la vida en la Eucaristía».

El XXXV Capítulo General ocupa su lugar en la historia de nuestra familia religiosa fundada el 13 de mayo de 1856, pero muy particularmente en esta nueva etapa de nuestra

¹ «que este tema [el don de sí] sea la inspiración del próximo Capítulo General».

historia inaugurada con ocasión del mayor acontecimiento eclesial del siglo XX: el Concilio Vaticano II.

Siguiendo las indicaciones conciliares, hemos transcurrido la “renovación” pedida por la Iglesia a todos los institutos religiosos: una auténtica “refundación”. La Regla de Vida constituye el fruto de ese largo proceso a lo largo del cual nos hemos preguntado: si el padre Eymard viviera hoy, ¿cómo escribiría sus Constituciones?

Tras su aprobación definitiva (1 de agosto de 1984), la finalidad de los Capítulos generales XXIX (1981) – XXX (1987) – XXXI (1993) ha sido la de asimilar la nueva visión de la RV, relanzar nuestra Misión SSS (Proyecto– misión) como respuesta a las necesidades de la Iglesia y del mundo, inaugurar un nuevo estilo de vida fraterna.

A partir del XXXII Capítulo general (1999), la atención se fijó en la Espiritualidad y la reflexión se desarrolla sobre la Espiritualidad eucarística (recibirá el nombre de Espiritualidad eucarística renovada).

¿Por qué? Desde el momento en que los elementos aportados fueron asimilados, se vio la exigencia de ofrecer una visión unitaria, de armonizar todas las dimensiones de nuestra identidad y de nuestra misión: vida fraterna, oración, servicio. La Espiritualidad eucarística se describió así: una orientación de la vida y de nuestros servicios donde la Eucaristía es la fuente, el centro y la cumbre de cuanto somos y de cuanto hacemos; se concreta en una comunidad de hermanos que conjuga con armonía las exigencias de la fraternidad de la oración y del servicio. Los Capítulos XXXIII (2005) y XXXIV (2011) continúan en esta línea².

² El XXXIV Capítulo general (2011) relanza la espiritualidad eucarística con la imagen de los discípulos-apóstoles que parten del Cenáculo para volver al Cenáculo.

Ahora la reflexión sobre el don de sí del Fundador se propone consolidar esa armonía de vida que la Espiritualidad eucarística renovada ha trazado, y de caracterizar lo que somos y lo que hacemos con esta experiencia espiritual de nuestro fundador, que debe llegar a ser cada vez más también la nuestra.

El don de sí está en el corazón de la experiencia humana y espiritual del padre Eymard y el 21 de marzo de 1865 adquiere la forma del voto de la personalidad. Ese hecho constituye un punto de llegada y un punto de partida; un fruto que ha madurado a todo lo largo del recorrido en el que el padre Eymard se ha dejado conducir por el Espíritu y que marcará los últimos años de su vida³.

El comienzo del Gran Retiro de Roma, que coincide con la fiesta de la Conversión de san Pablo (25 de enero) contiene ya el camino sobre el cual el Señor lo conducirá durante esa larga experiencia (25 de enero -30 de marzo de 1865). Todo comenzó por la misma cuestión que Pablo dirigió al Señor (cf. Hch. 22,10), y que encontrará su respuesta en el don de sí, por amor:

«Señor, ¿qué quieres que haga?».

Tengo que morir a mí mismo. O más bien que me entregue totalmente a Nuestro Señor...

(27 enero 1865, NR 44,4)

Intentaré ofrecer algunas reflexiones sobre el don de sí en relación a la Eucaristía, la adoración, la vida consagrada y

³ Tenemos diferentes estudios y reflexiones sobre el don de sí, que ponen de relieve sus diferentes aspectos. D. CAVE, A. GUITTON, M. BARBIERO, V. BOUCHARD, *Le voeu de la Personnalité. Quatre études. (Études sur les origines de la Congregation du Saint Sacrement, VII, Rome 2001. AA. VV., "Absque sui proprio", Eymard et le voeu del Personnalité", (Études sur les origines des Congregtions du Saint Sacrement, IX), Rome 2015.*

la misión SSS. Todo eso destacando los textos del Retiro de Roma de 1865⁴.

1. Eucaristía y Don de sí

«Cada miembro, animado por la pasión de la Eucaristía, Sacramento del amor de Dios es conducido, como San Pedro Julián, al don total de sí mismo de la fracción del pan... »

La clave de lectura: el misterio pascual

En el corazón de la experiencia humana y espiritual del padre Eymard está el misterio pascual de Jesús, su muerte y su resurrección. De la muerte de Jesús nace la vida nueva. Esa unión vital entre la muerte y la vida es el fundamento de la vida cristiana y el corazón de la celebración de la eucaristía.

Fue precisamente durante la última cena cuando Jesús expresó esa unión entre su muerte y el mundo nuevo que nacerá de ahí e instituyendo la eucaristía inaugura la posibilidad concreta para todos de entrar en ese nuevo mundo de vida. La vida nueva nace de su muerte, del don que él hace de sí mismo. La eucaristía nos sitúa cada vez más profundamente en esa dinámica de muerte-vida. Eso es lo que nosotros llamamos la fuerza transformante de la eucaristía.

Así, nosotros no podemos comprender la riqueza y la profundidad del don de sí del fundador que tiene la luz del misterio pascual de Jesús, misterio de muerte y de resurrección que se actualiza en la eucaristía y ahí nos implica.

En 1865 está casi al final de su vida y Dios le conduce todavía más profundamente en ese misterio. ¿Qué es eso

⁴ P.-J. EYMARD, Oeuvres complètes, 17 vol., Centro Eucarístico (Ponteranica BG) – Nouvelle Cité (Bruyères le Châtel), 2008, Vol. V, pp. 250-389.

del abandono de sí mismo, el don de su personalidad, si no es la participación plena en el misterio de la cruz? La afirmación «vivo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí» (Gal 2,20) no es una bella frase mística, sino la aceptación de un éxodo, de un tránsito doloroso y fecundo que le conduce a un abandono completo y confiando en Dios, sin reserva alguna.

El don que hace de sí mismo en el voto de la personalidad, inaugura una nueva comprensión de la vida eucarística y aporta una nueva unidad a toda su existencia; podemos llamarla: una vida eucarística iluminada por el don de sí.

Las meditaciones del 4 al 6 de marzo (NR 44,80-83) nos ayudan a delimitar algunos elementos importantes de ese momento crucial.

Un centro de vida

En sus notas personales el padre Eymard se acusa a menudo de estar disipado, ocupado en muchas cosas, de haber perdido de vista el eje, el punto de enlace y de síntesis de su vida. Aquí pues está ocupado en identificar ese centro de vida, un centro dinámico, un centro de amor en el cual «permanecer».

El corazón del hombre tiene necesidad de un centro de afecto de expansión.

(4 marzo 1865, NR 44,80)

Ese centro de vida y de amor es Cristo, y el Cristo de la Eucaristía.

Nuestro Señor quiere ser el centro de la unión de sus discípulos, de mí mismo [...]. Permanecer en mi amor. ¿Qué es permanecer en el amor de Jesucristo? Es hacer

de él su centro de vida. Ahora bien ese centro debe ser la Eucaristía, allí está Jesús.

(4 marzo 1865, NR 44,80)

Ese centro surge en él naturalmente, puesto que él ha sido llamado a la vocación eucarística.

¡Ese centro me es muy fácil! ya que yo vivo en torno a la Eucaristía, ella es la ocupación y la ley exterior incluso de mi vida. Me será más fácil que en cualquier otra posición, puesto que la Eucaristía es mi gracia.

(4 marzo 1865, NR 44,80)

Un centro para establecer la unión de amor con el Señor.

No hay otro centro que Jesús, y para mí Jesús Eucaristía. [...] Pero ¿por qué? Para establecer y alimentar la unión.

(6 marzo 1865, NR 44,83)

Él nos atrae incesantemente hacia él, como el amante. Es una atracción continua, y es la vida del amor.

(6 marzo 1865, NR 44,83)

Un centro que ilumina cada dimensión de su vida.

Pero es necesario que el Dios eucarístico sea mi pensamiento natural y sobrenatural dominante, mi punto central, la ley de mi vida.

(5 marzo 1865, NR 44,81)

Él reconoce que todavía no está en ese centro de una manera permanente y estable.

¿Es Jesús mi centro de corazón? Sí, en las penas extraordinarias. Sí, en el primer momento de agradecimiento, en lo extraordinario. Pero no lo es en lo ordinario de la vida. No pienso, ni delibero, ni deseo ni actúo en Jesús como centro. Ese es un hecho, y un hecho demasiado cierto, muy triste.

(4 marzo 1865, NR 44,80)

No basta hablar de la Eucaristía, predicarla, darla a conocer a los demás.

Ahora bien, hasta el presente me he quedado en la idea intelectual de la Eucaristía, en el estudio de la Eucaristía, en los medios externos de éxito, y no en la médula, en el corazón de ese amor divino. Por eso es por lo que me he agitado mucho. He trabajado mucho de espíritu, de cuerpo, de exterior, pero no de corazón, de afecto. Por eso, mi centro era el espíritu, la ciencia de la Eucaristía, la cáscara de la Congregación, y no su centro de vida,

- centro que me debe ser tan fácil, puesto que tengo la idea, el conocimiento,

- centro que es mi gracia de estado,

- centro que debe formar y alimentar las virtudes cristianas y evangélicas, sin que tenga necesidad de buscar en otra parte,

- centro que seguidamente me alimenta, ya que es una atmosfera de luz, de suavidad, de paz.

- Es Nuestro Señor.

(5 marzo 1865, NR 44,81)

Pero ese centro es todavía muy débil. Esta aspiración hacia ese centro es rara, mezclada, y sin embargo mora en mí y yo en él [Jn 6,56].

(6 marzo 1865, NR 44,83).

Se plantea la cuestión: ¿cómo entrar en ese centro de vida, cuál es la condición? El don de sí.

¿Por qué Nuestro Señor no es mi centro? Porque todavía no es el yo de mi yo. Porque no lo amo bastante con afecto. Mi corazón está para la gloria de su servicio. Pero no está en la complacencia de su corazón. ¿Qué hacer para llegar a ese centro? ¡Entrar en él! ¡Quedarse allí! Actuar en ese centro y por ese centro divino.

Un hijo trabaja para sus padres; la esposa para su esposo; el ángel para su Dios; el adorador para Jesucristo.

(4 marzo 1865, NR 44,80)

Ahora el horizonte se aclara:

Pero es necesario ¡oh yo! que tú salgas de ti, que vivas del corazón, en la bondad de Jesús Eucaristía. Se necesita un amor de doble pasión, que eleve todo de un golpe, que lo dé todo de un tirón. Él vive por mí porque permanece en mí [cf. Jn 6,57-58].

(5 marzo 1865, NR 44,81)

Invitación al paso decisivo, que él anticipa ya el 21 de marzo.

Marchemos, ¡oh alma mía! salgamos del mundo. Sal de ti misma. Apártate de ti. Vete hacia el Dios de la Eucaristía. Tiene una mansión, te quiere. Quiere vivir contigo, darse a ti, vivir en ti. Sé en Jesús, lo que fue en su persona divina la naturaleza humana en su Encarnación, despojada de su personalidad. Y como se vive para el yo y el yo es la persona, el alma humana de Nuestro Señor y su cuerpo no vivían por tanto sino para la persona divina del Verbo, que ella misma vivía solo para su Padre y por su Padre.

Resolución: Renovar mi don, don parcial, entrega – es Cristo que vive en mí [Ga 2,20] Pero es necesario llegar hasta el sacrificio de lo que cuesta más. Hacerlo – primero en oración.

(4 marzo 1865, NR 44,80)

Sal [de tu tierra] Ven [Ap 22,17] Conduciré a mi amada al desierto, y le hablaré al corazón [Os 2,16, Vulg. 14]. Eso es lo que es el amor de preferencia; es el don de sí; ese el trabajo de la unión. El trabajo de las raíces está bajo tierra, la vida del árbol.

He ahí la gran luz de mi retiro, la de comprender esa verdad: el Reino de Dios está en medio de vosotros [o dentro] de vosotros [Lc 17,21].

(5 marzo 1865, NR 44,82)

El Reino de Dios en nosotros

Jesús realiza en sí – y eso hace de él el Mesías, el Salvador – el comienzo de un mundo nuevo reconciliado con Dios; él es y él vive como el Hijo muy amado que su Padre ama y al que le ha confiado todo. Es el hijo porque se entrega totalmente a la voluntad de su Padre, y comparte su vida de donación y de amor.

En ese sentido es el mismo el Reino de Dios, no solo porque lo anuncia sino también porque lo realiza; y si lo anuncia es porque lo realiza; «el reino de Dios está en medio de vosotros» (Lc 17,21).

¿Cómo se realiza ese reino en él? Librementemente se ha entregado totalmente obediente a la voluntad de su Padre. La voluntad de su Padre se convierte en su voluntad, él y su Padre son uno solo.

La misión de Jesús es la de invitar a la humanidad a entrar en ese verdadero modo de vida: vivir como los Hijos de Dios, como él, en él, por él. Eso exige la conversión, asumir su estilo de vida, creer en él y adherirse a él: «Se ha cumplido el tiempo: el reino de Dios está cerca. Convertíos y creed en el evangelio» (Mt 1,15).

El padre Eymard tiene una comprensión lúcida de todo esto. Jesús es modelo de obediencia a la voluntad de Dios.

He vuelto a contemplar a Nuestro Señor bajo la dependencia absoluta de su Padre, repitiendo fielmente y con amor su palabra, sus acciones, cumpliendo perfectamente sus órdenes, sin hacer nada, ni decir nada de él mismo. He admirado a Nuestro Señor en Nazaret, con esa vida inútil para el mundo, oculta a los hombres, tan sencilla en sí misma. Y sin embargo, ¡el Padre la prefiere a todas las demás. Prefiere a su divino Hijo y nuestro Salvador glorificándole y santificándonos oculto, sin más testigos que él, trabajando en su pobre situación en cosas de tan poco valor! Y es que esa vida oculta está totalmente consagrada a Dios por el sacrificio de sí mismo, glorifica más a Dios que todas las dedicaciones fuera de sí mismo. Es el reino de Dios en nosotros mismos.

(23 febrero 1865, NR 44,60)

De ahí proviene la certeza que es la que Dios quiere cumplir en su vida, de una manera verdadera y profunda, total y consciente.

¿Cuál es el lugar de ese encuentro, de esa unión? ¿Dónde está la cámara nupcial? ¡Es él mismo!

¿Cuál es el lugar de la unión con Jesucristo?

Soy yo. Es en Jesucristo donde se hace la unión. Permaneced en mí [Jn 15, 4]. Es Jesucristo en mí quien tiene el ejercicio, la virtud de esa unión.

¡Nada más cierto! Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él, [Jn 14,23]. Yo en ellos y tú, Padre, en mí, para que sean perfectos en la unidad [Jn 17,23].

San Pablo llama a nuestro cuerpo el templo del Espíritu Santo [1Co 6,19]. Permanece pues en nosotros. Jesucristo nos lo ha dado para que esté siempre con vosotros [Jn 14,16]. El Espíritu Santo. El Reino de Dios está dentro de vosotros [Lc 17-21]. Toda la gloria de la hija del Rey es interior [Sal 44,14]. ¡Venga tu Reino! [Mt 6,10] es decir: Reina sobre nosotros. – Alma fiel, dice la Imitación, apresuraos pues a preparar vuestro corazón para el esposo, para que se digne venir y habitar en vosotros [Im. 2, 1: 8].

San Pablo: Cristo vive en mí [Ga, 2,20] - en mí, está claro.

(NR 44, 126)

Ved cómo la Eucaristía no es ni siquiera el «lugar» de la unión, sino que somos nosotros; gracias a la Eucaristía, Jesús nos ha dado la posibilidad de realizar en nosotros el Reino de Dios, vivir como él como verdaderos hijos de Dios, amando a Dios y a nuestro prójimo con su amor. Somos nosotros el verdadero templo en el que Dios quiere habitar permanentemente como centro de vida y amor, gracias a la Eucaristía.

Nuestro Señor viene sacramentalmente a nosotros para vivir ahí espiritualmente.

El sacramento es la envoltura que lo encierra. Se parte por el amor del corazón, lo mismo que el éter encerrado en un glóbulo se desvanece en el estómago bajo la acción del calor natural.

Nuestro Señor quiere hacer del interior del hombre su verdadero templo – el alma del justo es la sede de Dios,

dice san Gregorio – para que el hombre no tenga dificultad de ir a su Señor Jesús, sino que lo encuentre con facilidad y siempre a su disposición, como su maestro, su modelo y su gracia, que basta que se recoja dentro de sí mismo en Jesús [...]

Esta verdad me sorprende más que me exalta. ¿Es posible que Dios persiga así a un alma? ¿Que se ponga así a su disposición, que more en un cuerpo tan vil, en un alma tan miserable, tan ingrata?

¡Y sin embargo, es divinamente cierto! Lo creo, os lo agradezco, oh Dios mío.

Os adoro en vos mismo.

(23 marzo 1865, NR 44,126)

Un centro de amor

Sabemos bien cómo la palabra «amor» se utiliza también abusivamente. Ya el Nuevo Testamento para describir la novedad del amor inaugurada por Jesús, entre las tres palabras griegas relativas a este término (eros – amor entre el hombre y la mujer; philia – amor de amistad; ágape – capacidad de amar) eligió el término ágape que en la lengua griega estaba más bien marginado y casi nunca utilizado. Un término nuevo para describir una nueva visión del amor.

Es sobre todo el evangelista Juan el que nos presenta las características (la teología del ágape) de ese nuevo amor, y es a ese en que sobre todo se inspirará el padre Eymard.

Juan nos presenta ese amor a través de cinco pasajes, estrechamente unidos entre sí.

1) Dios es amor y es él quien nos amó primero⁵. 2) Ese amor se manifiesta al máximo y en su plenitud en Jesucristo⁶. 3) El amor de Jesús por su Padre se encarna en su vida de hijo obediente a su voluntad, porque su Padre lo ama⁷. La voluntad de Jesús en cierto modo está anulada para dar lugar a la de su Padre; el proyecto de su Padre se ha convertido en su proyecto y considera cada cosa a partir del punto de vista de su Padre. 4) Ese amor se expresa en el don de sí que encuentra su cumbre en su muerte⁸; en la cruz su amor es un don puramente gratuito, sin necesidad de una recompensa. 5) El amor (ágape) de Dios en Cristo es la vida y el deber del cristiano⁹. Compartir el amor de Dios hacia los demás, hacer el don de sí: he ahí el verdadero horizonte el sentido pleno para el hombre, que encuentra así su libertad y su verdad.

El amor de Dios revelado y donado en Cristo, tiene ahora una presencia duradera: la eucaristía. Por ella el don del Padre se presenta a la humanidad y, al mismo tiempo implica a quienes participan ahí en la dinámica de la donación de Cristo, en la dinámica del amor (ágape) se Dios (lo que explica por qué ágape se ha convertido en nombre de la Eucaristía). Por ella el amor de Dios viene a nosotros para continuar actuando en nosotros y a través de

⁵ «Y nosotros, hemos conocido el amor que Dios nos tiene, y hemos creído en él. Dios es amor (ágape): quien permanece en el amor permanece en Dios, y Dios en él» (1Jn 4,16).

⁶ «He aquí cómo el amor de Dios se ha manifestado entre nosotros: Dios ha enviado a su Hijo único al mundo para que nosotros vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos ha amado, y ha enviado a su Hijo en sacrificio de perdón por nuestros pecados » (1Jn 4,9-10).

⁷ «El Padre y yo, somos UNO» (Jn 10,30); «Mi alimento es hacer la voluntad de Aquel que me ha enviado y llevar a cabo su obra » (Jn 4,34).

⁸ «Así es como hemos reconocido el amor; él, Jesús a dado su vida por nosotros» (Jn 3,16).

⁹ «Como yo os he amado, así debéis amaros los unos a los otros. Así, todos reconocerán que sois mis discípulos: si os amáis los unos a los otros» (Jn 13,34-35).

nosotros. Una Eucaristía que no se traduce en amor concretamente practicado, sigue en sí mismo inacabado.

En los escritos del padre Eymard el término amor y el verbo amar son los más frecuentes (unas 19.000 veces).

El padre Eymard llega al día fatídico del 21 de marzo de 1865 tras una serie de reflexiones sobre el amor, el amor que Dios le ha manifestado a lo largo de su vida, revelado en Jesús y que se perpetúa en la Eucaristía. El 14 de marzo inaugura la última parte del itinerario que le conduce al donde sí, que él expresa en el voto de la personalidad.

Por fin, después del desierto, ¡llego a la montaña del amor!
¡Viaje penoso! ¡Navegación trabajosa! Aquí estoy de pie ante el trono del amor ¡Sea Dios bendito!

Dios Creador – Dios Salvador – Dios huésped del hombre, Eucaristía.

Y, después de haber meditado sobre Dios Creador, Salvador, huésped del hombre en la Eucaristía, concluye:

«Lo juro, os amo – por mi vida y por mi muerte».

Imitación

«Hijo, ¡tú aún no sabes amar con fuerza y sabiduría! [...] Porque, ante la mínima contrariedad, abandonas el trabajo iniciado buscando demasiado ávidamente el consuelo [...]

Aquel cuyo amor es esclarecido considera menos el don del que ama, que el amor del que dona.- El afecto le impresiona más que el beneficio, y prefiere a su muy amado a cuanto recibe de él. – El que me ama con amor generoso no descansa en mis dones, sino en mí por encima de todos mis dones. [Im, lib. 3, c. 6: 1, 3, 6-8;]

(14 marzo 1865, NR 44, 102)

Imitación

Grande clamor es en los oídos de Dios el abrasado afecto del alma que dice: Dios mío, amor mío. Tú todo mío y yo todo tuyo.- Dilátame en el amor para que prenda a gustar con la boca interior del corazón cuán suave es amar y derretirse nadar en el amor. [Im 3,5: 24-25]

(15 marzo 1865, NR 44,104)

Levántate, oh alma mía, camina, vete hacia Jesús. El espera con gozo. Te recibirá con ternura. ¡Es bueno! ¡Te ama!

(17 marzo 1865, NR 44,108)

«El que ama lo da todo para obtener todo, y posee todo en todas las cosas, porque por encima de todas las cosas descansa en el único Ser soberano, del que procede todo bien y fluye » (Im 3, c. 5)

(18 marzo 1865, NR 44,111)

Conclusión:

¡El amor! ¡esa es mi ley, mi camino; mi virtud, mi fuerza, mi gozo, mi felicidad, mi vida, mi muerte, mi cielo! ¡Amén!

(18 marzo 1865, NR 44, 111)

La vida que nace de la muerte

El día que precede al don de sí está señalado por el sufrimiento y por la cruz: «He ofrecido las tres cruces de hoy que ahogaban mi corazón y rompían mi alma» (20 de marzo, NR 44, 117). Se trata de la lentitud con la que avanza su petición sobre el Cenáculo, el comportamiento

del padre de Cuers, y las dificultades por las que atraviesan las Siervas del Santísimo Sacramento. En esta mezcla de amor y de cruz Dios le conduce al paso decisivo que espera de él.

El amor de Dios por nosotros se revela y entra en la historia del hombre a través de la muerte. Delimitar la unión entre la muerte de Jesús y la realidad del amor no es cosa fácil y a menudo ha sido explicada con categorías que no aportan completamente la novedad del Evangelio¹⁰.

Jesús no muere por un ideal, sino por obedecer a su Padre; para él la cruz no es una opción de afirmación personal sino un despojo, y un fracaso. No muere como un héroe por un ideal, al contrario muere a sus ideales para ponerse al servicio del único ideal, que es la voluntad de su Padre. La obediencia a su Padre reclama una negación personal suprema, un amor fiel hasta la muerte y la muerte de cruz (1Cor 13,3).

Esta obediencia no es un hecho espontáneo e inmediato, es un punto de llegada que le hace pasar a través del no a su propia voluntad «Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado» (Jn 4,34; 6,38). La adhesión a la voluntad del Padre pasa a través de la lucha contra su voluntad, una lucha que le acompaña durante toda su vida a partir de las tentaciones del desierto, al comienzo de su misión, hasta el Getsemaní; «no mi voluntad, sino la tuya» (Lc 22,42), y en la cruz: «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23,46).

Jesús hace suyo, por amor, el proyecto de Dios a través de la negación de sus proyectos y de sus aspiraciones. Es un itinerario para hacer el vacío, kenosis, el anonadamiento (Fil 2,6-11), un despojo que pasa a través del sufrimiento,

¹⁰ Como por ejemplo la categoría de la satisfacción, a partir de Anselmo de Aosta hasta el catecismo de Pio X: el sufrimiento y la muerte de Jesús son el precio que él paga al Padre para rescatar a la humanidad pecadora (categoría de tipo jurídico / penal).

el abandono y la muerte por la cruz, la muerte más ignominiosa y violenta, la muerte de aquel que - humanamente- ve el fracaso de todos sus proyectos incluido el de tener el apoyo de Dios.

Esa muerte es como un «éxodo» que le abre la puerta a la vida nueva, en la «tierra» de Dios -«tierra» del amor puro- que coincide con el abandono supremo de su voluntad. El secreto y la fecundidad de la muerte de Jesús se encuentra en su despojo supremo, y a partir de ese despojo personal florece la resurrección.

Si el hombre nuevo es aquel que acoge la voluntad del Padre y le obedece, entonces nacerá, cuando la subjetividad humana muera, primero en la muerte de sus propios proyectos humanos y luego con la muerte última, expresión y cumplimiento de todas las muertes: «a tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc. 23, 46).

El acontecimiento de la cruz y de la muerte es un nacimiento, un pasaje de la muerte a la vida. La Eucaristía es un anuncio de este misterio pascual («anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección...»), ella celebra la fidelidad de Jesús que ha hecho suyo el proyecto de su Padre, y Él nos ofrece la posibilidad de compartir su experiencia para vivir nuestra vida con Él, en Él, por Él.

21 de marzo de 1865

Nos situamos, pues, en el 21 de marzo, que en el calendario litúrgico es la fiesta de San Benito, Fundador de la Orden de los Benedictinos. El reflexiona sobre los santos, en particular sobre los Fundadores; todos han pasado por la cruz, y no hay excepción.

No hay santo que no haya sido crucificado por el mundo, - que no se haya crucificado,- que Dios no lo haya

crucificado de una manera admirable. Los que más han sufrido son los Santos Apóstoles, los fundadores de las familias religiosas. Fundar es ahondar la tierra de su corazón, tallar las piedras, martillarlas, cimentarlas, unir las, quitarles su estado bruto, pulirlas, quitarles su libertad e incluso su forma.

(21 marzo 1865, NR 44,118)

Esto es lo que él está en trance de vivir en su carne y con sus hermanos. Todas las cosas convergen ahora hacia su participación total en la cruz de Cristo, para vivir una nueva etapa de su vida. Su misión de Fundador se unifica cada vez más con la experiencia de la cruz de Cristo. Como aquel que ha salvado el mundo pasando a través de la cruz, también él debe entrar en ese misterio de sufrimiento de amor:

El sufrimiento de fundación de la construcción es la solidez y la belleza de la casa. Cuanto más profundas son las raíces, más poderoso será el árbol. Cuanto más sufre la madre, antes tendrá lugar el nacimiento. Estáis muertos y vuestra vida está ahora escondida con Cristo en Dios. [Col. 3,3].

(21 marzo 1865, NR 44,118)

Consciente de su misión de Fundador, dice de sí mismo:

He sufrido mucho por mis defectos, pero no por el amor de Dios y por el motivo de su gloria. He «sido enfermo y no soldado. También la Sociedad está siempre en los dolores latentes del parto. Su espíritu no es vigoroso, sus miembros fuertes y unidos, su crecimiento positivo. Se mantiene en el agua.

Vegeta.

(21 marzo 1865, NR 44,118)

Ahora está disponible a cualquier sacrificio necesario, para que esta criatura arraigue. También ha sido abandonada por todos, como Cristo.

¡Dios mío! Heme aquí, con Jesús en el jardín de los olivos. ¿Queréis vos que todos me abandonen? ¿Qué todos me rechacen? ¿Qué nadie me reconozca ya? ¿Qué sea como una carga, un estorbo y una humillación? Heme aquí, Señor.

Quemado, tallado, despojado, humillado. Dame solamente hoy tu amor con tu gracia, y mañana la cruz con la prueba. Pero que yo sea tu escabel para Ti, que estás presente en la hostia santa.

(21 marzo 1865, NR 44,118)

Dios está a punto de conducirlo al sacrificio, al don de sí por amor. Y eso es lo que El hace.

Jesús, al atardecer de su vida, cuando todo se pone en contra y uno de los suyos le traiciona, en lugar de salvarse o de retirar su amor, se entrega a sí mismo, primero en la Eucaristía («No hay amor más grande que dar la vida por aquellos a los que se ama», Jn. 15,13).

El don de sí nace de la Eucaristía

El itinerario espiritual por el que Dios conduce al P. Eymard es como la obra paciente del escultor, que progresivamente quita la materia superflua para hacer surgir su obra en todo su esplendor. El P. Eymard –en particular durante este largo retiro- se somete a este despojo progresivo para que Cristo aparezca en El en todo su esplendor. Como Cristo que después de su encarnación hasta su muerte en la cruz renuncia a todos sus proyectos o voluntades, para que solo destaque la voluntad de su Padre, lo mismo se realiza ahora en él.

Solamente a través de esta óptica podemos comprender la cita de Gal 2, 20 que encontramos en el texto del don de sí. Este texto debe ser leído a la luz del misterio pascual (muerte y resurrección) porque ahí está la clave de lectura «estoy crucificado con Cristo. Vivo, pero no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí. Porque yo vivo hoy en la carne, vivo en la fe en el Hijo de Dios que me ha amado y El mismo se ha entregado por mí».

Pero un último elemento, fundamental, ilumina esta experiencia. Este paso pascual por la muerte así mismo para que Cristo viva en él, este renacimiento, esta transformación, este éxodo, todo esto llega gracias a la Eucaristía (Comunión).

No olvidemos que el P. Eymard hace el voto de la personalidad durante la acción de gracias después de la misa (duraba normalmente una media hora). Es un tiempo de unión nupcial, de diálogo íntimo con el Señor, que viene de ser recibido por la Comunión. Es en esta comunión de vida en la que Cristo le impulsa a ofrecer su existencia de un modo radical, sin ninguna reserva, compartiendo así lo que El mismo ha hecho. Él le lleva hacia un abandono total que le permite encontrar la verdadera libertad. Podemos entonces comprender la importancia fundamental de la segunda cita bíblica (Jn. 6,57) que une la experiencia del misterio pascual de Cristo a su posibilidad de revivir en nosotros, gracias a la Eucaristía: «Como el Padre, que vive, me ha enviado, y yo vivo por el Padre, del mismo modo el que me come vivirá por mí».

¡El don de sí es el fruto de la Eucaristía, nace de la comunión con Cristo y expresa la obra del Espíritu que nos transforma en el cuerpo y la sangre de Cristo!¹¹

¹¹ «El efecto propio que produce la Eucaristía es la transformación del hombre en Dios: Su divinización» (S. TOMÁS DE AQUINO, sent. IV, dist. 12, q. 2,a.l.). «La participación en el cuerpo y la sangre de Cristo no tiene otra finalidad que la de transformarnos en lo que recibimos». (LG. 26).

Al final he hecho el voto perpetuo de mi personalidad a Nuestro Señor Jesucristo, entre las manos de la Santísima Virgen y de San José, bajo el patronazgo de San Benito (su fiesta): Nada para mí, como persona, y pidiendo la gracia esencial, nada por mí; modelo: la Encarnación del Verbo.

Ahora bien, como por el misterio de la Encarnación la humanidad santa de Nuestro Señor ha sido anonadada en su propia persona, de tal modo que ella no se buscaba, no tenía ya interés particular, no actuaba para sí, teniendo en sí otra persona sustitutiva, a saber, la del Hijo de Dios, que buscaba solamente el interés de su Padre a quien miraba siempre y en todas las cosas; del mismo modo yo debo ser aniquilado para todo deseo propio, para todo interés propio y no tener más que los de Jesucristo que está en mí a fin de vivir ahí para su Padre.

Y para ser así en mí es por lo que se da en la sagrada comunión. Como el Padre me ha enviado y yo vivo por el Padre; el que me coma también él vivirá por mí. [Jn. 6.57]. Es como si el Salvador dijera: enviándome por la Encarnación, el Padre me ha cortado toda raíz de búsqueda de mí mismo, no dándome la persona humana, sino uniéndome a una persona divina, a fin de hacerme vivir para él, así por la comunión tu vivirás para mí, porque yo viviré en ti.

Yo llenaré tu alma de mis deseos y de mi vida que consumirá y aniquilará en ti todo lo que es propio; de tal modo que seré yo quien vivirá y deseará todo en ti, en tu lugar. Y así, tú serás totalmente revestido de mí. Tú serás el cuerpo de mi corazón; tu alma, las facultades activas de mi alma; tu corazón, el receptáculo, el movimiento de mi corazón. Yo seré la persona de tu personalidad, y tu

personalidad será la vida de la mía en ti. –Vivo yo, ya no soy yo, es Cristo quien vive en mí. [Gal. 2,20].

(21 marzo 1865, NR 44,119)

Este voto debe ser el más grande, el más santo de todos los demás, porque es el voto del yo y del yo libre del volver a entregarse siempre.

(21 marzo 1865, NR 44, 120)

Este último pasaje nos muestra toda la fuerza dinámica de este don, que debe renovarse continuamente: Cada vez que nos comulgamos con el cuerpo y la sangre del Señor quedamos implicados en su vida de un modo cada vez más adulto y consciente.

He aquí, oh alma mía: tú serás los miembros, las facultades de Jesucristo, para que él viva y actúe en todo para gloria de su Padre.

(21 marzo 1865, NR 44,120)

He aquí el don de sí, que se expresa en el voto de la personalidad y que el P. Eymard llamará: «mi nuevo voto» (22 de marzo, NR. 44, 121).

De una manera nueva, Cristo es ahora su centro de vida, centro de amor, fuente y alimento del don de sí mismo. Es a esto a lo que nos lleva la Eucaristía.

Esta vida de santidad del don de sí es para todo el mundo, para cada cristiano, sin ser una prerrogativa exclusiva de él mismo o de sus congregaciones religiosas. A partir de la Eucaristía cada uno está llamado a vivir el don de sí, según su propia situación de vida.

Si comprendéis bien este pensamiento, comenzaréis un camino nuevo en la piedad, nuevo no en sí, porque quien conoce a Nuestro Señor sabe que debe ser perfecto, estar

absorbido por él, pero nuevo en la práctica. [...] La renuncia no solo a lo que se tiene, sino a sí mismo. Esa es pues vuestra virtud.

(11 agosto 1867, PR, 111,2)

2. Adoración y Don de Sí

«Cada miembro, animado por la pasión de la Eucaristía, Sacramento del amor de Dios»

Todos nosotros conocemos la importancia que esta forma de oración ocupa en la vida y en la espiritualidad del P. Eymard. Sabemos también lo difícil que nos ha sido recuperar el lugar y la función de esta oración en el interior de la nueva visión de la Eucaristía del Concilio Vaticano II. La Regla de Vida es el fruto del trabajo intenso que nuestra Congregación ha emprendido, en la fidelidad al carisma y a las nuevas exigencias de la misión¹².

Una cuestión decisiva: ¿por qué la adoración eucarística es tan importante para el P. Eymard, hasta el punto que ha hecho de ella un compromiso prioritario?

Una respuesta adaptada a las necesidades de la época

En tiempo del P. Eymard la adoración eucarística, sobre todo en Francia, tiene una difusión y un éxito extraordinario. Nacen congregaciones y asociaciones dedicadas a la adoración, en particular para la reparación. En este contexto el P. Eymard está también convencido de que ese fenómeno es un signo de los tiempos, una respuesta a las

¹² Nuestra Congregación ha tenido que afrontar dos grandes cuestiones después del Concilio: Repensar la adoración eucarística en una nueva visión de la Eucaristía; repensar el lugar y la importancia de la adoración en la vida de los religiosos, de las comunidades y de la misión del Instituto. La Regla de Vida constituyen la respuesta a esas dos grandes cuestiones, en la fidelidad a la Iglesia. La adoración ha encontrado su lugar y su propia fisonomía a partir de la celebración.

necesidades de su época: la adoración eucarística es una invitación a los creyentes para reencontrar en Jesucristo el centro de su fe, y para los no creyentes la posibilidad de reencontrar a Cristo presente entre nosotros: «Ellos solo saben que es su vecino, su amigo y su Dios» (PG 241,4)¹³. Dicho de otra manera, la adoración ¡es una forma de evangelización!

La originalidad del padre Eymard

¿Pero dónde está la originalidad y la particularidad del padre Eymard?

Muchos aspectos son el índice de su originalidad, pero el elemento que ciertamente la caracteriza es el método que propone de la oración. Ante todo insiste en que esa oración, incluso en sus formas más ricas y variadas, abarque toda la Eucaristía. Una oración que se injerte en el dinamismo de la celebración, que profundice la unión con Cristo vivida en la Comunión, que se alimente de los misterios de la vida de Cristo en armonía con el Año litúrgico, que asimile las disposiciones de los personajes del Evangelio; María, José, los magos, la samaritana... En esta línea, su propuesta más original es la adoración por los cuatro fines del sacrificio (un lenguaje algo distante de nosotros). Sin embargo, traza en esta propuesta de oración una línea continua entre celebración, oración y vida; una oración que conduce a vivir el don de sí en unión con Cristo, por Cristo, en Cristo¹⁴.

¹³ «El gran mal de los tiempos, es que no se va a Jesucristo como su Salvador y su Dios. Se abandona el único fundamento, la única ley, la única gracia de salvación». «He reflexionado a menudo sobre los remedios a esta indiferencia universal que se apodera de una manera alarmante de tantos católicos, y solo encuentro uno: la Eucaristía, el amor a Jesús eucarístico. La pérdida de la fe va precedida de la pérdida del amor» (CO 286).

¹⁴ Fruto de un triduo predicado en Nantes, su Método de adoración por los cuatro fines del sacrificio será publicado en 1867 (PO 35). Este texto tendrá mucho éxito y será publicado en varias lenguas.

Pero concretamente ¿de qué se trata? Intentemos describir de modo breve y sencillo esa intuición.

La visión y la teología de la Eucaristía del padre Eymard y de su tiempo es la que proviene del Concilio de Trento (siglo XVI). En particular – para seguir en nuestro proyecto – el Concilio de Trento¹⁵, en respuesta a los reformadores que niegan la dimensión sacrificial de la celebración eucarística, afirma que: 1) la ofrenda de sí de Jesús en la cruz ha sido un verdadero sacrificio (en el sentido bíblico); 2) en cada celebración de la Eucaristía ese sacrificio revive y se muestra presente, aunque sin derramamiento de sangre.

Jesús, por su vida vivida en la escucha fiel y obediente de Dios, y por su muerte vivida en el abandono al Padre y en el perdón, ha ofrecido el verdadero sacrificio que reconcilia el mundo con el Padre. Ahora, resucitado y sentado a la derecha de su Padre, continúa intercediendo en nuestro favor (cf. Heb 8,1).

En el sacramento de la Eucaristía, Jesús continúa pues ofreciendo al Padre ese mismo sacrificio con las mismas actitudes: un sacrificio de alabanza (glorifica al Padre), de acción de gracias (da gracias por su amor), de expiación (toma sobre sí los pecados del mundo) y de intercesión (ruega por la humanidad entera).

Estos son los cuatro fines del sacrificio (metas) del sacrificio de Cristo con las actitudes relativas en las cuales él las ha vivido y que vienen a ser los cuatro momentos de la oración de adoración: los dos primeros (adoración – alabanza y acción de gracias) son relativos al Padre; los

¹⁵ La doctrina sobre este aspecto (los fines del sacrificio eucarístico) se encuentra en el c. 3 de la sesión XXII del Concilio de Trento; será recogida y ampliamente expuesta en la Encíclica de Pio XII *Mediator Dei* (20 de noviembre de 1947).

otros dos (reconciliación – intercesión) son relativos a la humanidad¹⁶.

¿En qué consiste la intuición original del P. Eymard adoptando esta forma de oración?

- El lee la presencia de Cristo en el sacramento expuesto para la adoración a través de una visión dinámica: El Cristo de la Eucaristía (que es adorado) es un Cristo que actúa.

- El propone participar en la misma oración / acción de Cristo, que el P. Eymard (siguiendo la teología de su tiempo) identifica en los cuatro fines y actitudes relativas de su sacrificio.

- Este método de oración contempla el amor de Dios por nosotros en Cristo y, lo que es fundamental, lleva al mismo tiempo a la acción: dejarse captar por las actitudes de Jesús (los cuatro fines) hacia su Padre (adoración – alabanza y acción de gracias) y sus hermanos (reconciliación-intercesión).

En síntesis, podemos decir que la intuición (la preocupación del P. Eymard es hacer de la adoración eucarística una auténtica transformación de la vida, apropiándose el don y las actitudes de Cristo hacia su Padre y sus hermanos.

Hoy diríamos una oración que propone de nuevo la dinámica y los elementos de la Plegaria eucarística, oración de la Iglesia por excelencia, momento central de la celebración. Una oración/acción en la cual la Asamblea, por Cristo, con Cristo y en Cristo, alaba y da gracias al Padre, se ofrece e intercede por el mundo¹⁷.

¹⁶ Cita de la RV 30: «Nuestra respuesta a esta presencia de Cristo nos hace entrar en el dinamismo de la Eucaristía, por una oración de adoración, de alabanza y de acción de gracias, de reconciliación y de intercesión, en Iglesia y por el mundo».

¹⁷ «El sentido de esta oración es que toda la Asamblea de los fieles se una a Cristo en la confesión de los altos hechos de Dios y en la oblación del sacrificio» (Ordenación General del Misal Romano, 78).

Si hoy, a la luz de los estudios sobre la Plegaria eucarística, esa es justamente propuesta como escuela de oración cristiana auténtica, el P. Eymard habría tenido de algún modo la intuición e incluso habría sobrepasado la visión devocional de la adoración limitada a ciertos aspectos.

No se trata para nosotros de proponer de nuevo la adoración según ese método, sino de recoger la intuición original.

He aquí cómo el P. Eymard formula esta oración en las Constituciones de 1864:

Los adoradores se aplicarán durante su adoración a honrar los cuatro fines del sacrificio, a saber: ofrecer perpetuamente a Dios Padre por Nuestro Señor Jesucristo una hostia de alabanza y de honor, de amor y de acción de gracias, de propiciación y de impetración, para el mayor servicio y el mayor reino de Jesucristo sacramentado; por el Soberano Pontífice, por todas las Ordenes religiosas, por los sacerdotes y los príncipes, por la destrucción de todas las herejías y de los cismas, a fin de que los judíos vean la luz, que los paganos adoren a su salvador; que todos por fin amen a Nuestro Señor Jesucristo y se acerquen a su sacramento de vida.

(RR 78,4)

Oración de la Iglesia:

Como la forma de oración es la regla de la vida, la de la Congregación será la forma de oración de la Santa Madre Iglesia en el ejercicio de los cuatro fines del sacrificio. [...]

Encomendarán a todos este método de oración de la Santa Iglesia, se aplicarán a comentar su sentido y sobre todo las

virtudes que la componen y las gracias preciosas que de ella dimanar.

(Constituciones 1864, RR 78,10)¹⁸

Recordar que debemos tener nuestra forma de adoración, no debemos tomar la de otros Institutos. Hemos adoptado la forma de oración de la Iglesia en el Santo Sacrificio, eso debe bastarnos. Los otros modos no están hechos para nosotros y no convienen a nuestras necesidades. Si la nuestra no nos basta, [es que] nosotros no sabemos servirnos de ella. Nosotros somos como enfermos o niños, y ¿el pan de los fuertes no puede alimentarnos? Es una desgracia.

(10 agosto 1867, PR 107,2)

Una oración que manifiesta la visión amplia que el P. Eymard tiene de la Eucaristía:

Nosotros tomamos todo esto, los cuatro fines, para tener toda la Eucaristía en la perfección de su servicio; los demás religiosos tienen su fin y su gracia, eso está muy bien. Nosotros queremos la Eucaristía en todo aquello que tiene y en todo aquello que es; he ahí por qué nosotros tomamos los cuatro fines del sacrificio y esos cuatro fines practicamos (PS 423,3)¹⁹.

¹⁸ «Y lo que hay de más honorable, es que es el culto, ceremonial de la santa Iglesia, su sacramentario lo que nosotros aplicamos -por consiguiente excelente, perfecto en sí mismo.

De lo que nosotros estamos ciertos es que es agradable a Nuestro Señor, porque es el culto de su esposa inspirado por el Espíritu Santo» (27 febrero 1865, NR 44,69). «Recordar que nosotros no debemos recoger lo de otros cuerpos. Hemos adoptado aquella de la Iglesia en el santo sacrificio, ella debe bastarnos. Las otras no están hechas para nosotros y no convienen a nuestras necesidades. Si la nuestra no nos basta [es que] nosotros no sabemos servirnos de ellas.» (10 Agosto 1867, PR 107,2).

¹⁹ «El fin que nos proponemos en nuestra pequeña sociedad es de honrar a Nuestro Señor Jesucristo en el Santísimo Sacramento mediante los cuatro fines del sacrificio: la adoración, la acción de gracias y la súplica, o misión perpetua de la oración. Tomamos todo el Santísimo Sacramento». (CO 690).

Podemos entonces comprender cómo la manera de orar propuesta por el P. Eymard -y eso es lo que nos interesa- implica la existencia entera y empuja a asumir el mismo amor que Cristo tiene hacia su Padre y sus hermanos. Es por eso por lo que este momento debe transformar la vida entera en el culto en espíritu y verdad que el Padre ama, y transformarnos en los verdaderos adoradores que el Padre busca (cf. Jn 4,23).

El P. Eymard dirá que esta oración forma parte de la misión, e incluso que es la forma más eficaz de la misión para que nosotros hagamos actuar a Cristo, y al mismo tiempo, en tanto que cuerpo, participamos en su misión ofreciéndonos con El, por El, en El a la gloria de su Padre y por el bien de sus hermanos.

Luego, nuestra vocación es la más apostólica. Se nos cree sobre nuestro exterior como seres inútiles. Pero en primer lugar hacemos trabajar a Nuestro Señor y yo creo que Él es el más grande de los misioneros, El que los ha enviado,... Nosotros admiramos su poder. El agradece a su Padre por los beneficios con los que colma a los hombres. Es una víctima pública de propiciación por nuestras manos. Y el Padre viéndolo así nos bendice, porque así completamos su reino en este mundo.

(7 agosto 1867, PR 99,4).

¿Creéis que estas oraciones de Jesús no hacen mucho más que todas aquellas de los ángeles y de los santos? Nuestra vocación es pues la más apostólica. Los misioneros solo portan una gracia y a menudo son portadores infieles, pero nosotros abrimos la fuente de las gracias, y abriéndonos a la vida de Jesucristo, lo completamos. Jesús ya no sufre, pero nosotros, sufrimos

en la adoración y ahí nosotros hacemos un sacrificio continuo de nuestra libertad y de nuestros gustos.

(7 agosto 1867, PR 99,4)

Una misión en apariencia oculta, pero fecunda:

Recordemos bien que la vida activa tiene sus encantos. Cuando un predicador tiene salud y un auditorio muy asiduo suspendido de sus labios, experimenta todos los gozos de una madre. Pero nosotros, no vemos ni el fruto de nuestro apostolado. Nosotros nos contentamos de saber que se ha producido uno.

Aquel no merece más que bautiza a alguno, que el otro que ha merecido la gracia del bautismo. Y si no se reza la voz de los misioneros sería como el címbalo que suena. [cf. I Cort 13,1]. ¿Qué pueden producir los vientos si el sol no viene a fecundar lo que ellos remueven? He ahí nuestra vocación, es pues bien hermosa.

Decís: “yo quiero predicar, salvar almas”, pero vosotros predicaréis, salvaréis, mas por Jesucristo, y por su influencia directa.

(7 agosto 1867, PR 99,4).

Retiro de Roma

Durante el retiro de Roma el P. Eymard se interroga también sobre eso y se le abre un camino en el que la intuición original le empuja a vivir el tiempo de la adoración como un momento del don total de sí.

Una invitación para implicar todo su ser:

He meditado sobre la adoración.

He visto primero que mis adoraciones son muy defectuosas en dos cosas: pensamientos demasiado vagos, -adoración de celo. No se trata de adoración, oh alma mía, ni de ser

apóstol, ni de ser superior. Hay que ser simplemente adorador, es decir, hacer de todo mi ser, de toda mi vida actual y futura, un homenaje de justicia y amor a Nuestro Señor Jesucristo en el santísimo sacramento del altar, expuesto solemnemente para mí-adorarlo por mí. He ahí el punto esencial. Lo que yo quiero es a vosotros, y no vuestros dones. [cf. Im 4,8:3].

(NR 44, 67).

Así es como para él la adoración debe ser un estado permanente de vida:

La gran gracia de mi meditación ha sido ver la excelencia de nuestra vocación, que hace de la adoración un estado estable, el ejercicio principal de la vida, y el fin mismo de la perfección del estado religioso,- de hacer por deber y por voto lo que en el mundo se hace libremente y tan raramente.- de ser así la Sociedad de Nuestro Señor, su guardia divina, - de hacer lo que hace el cielo. Pero mi espíritu estaba demasiado lleno de pensamientos. Mi alma ha corrido demasiado, ha querido demasiado ver lo hermoso, la excelencia, en lugar de ver lo bueno del amor para mí.

(26 febrero 1965, NR 44,69)

Es necesario, por tanto, dar a Nuestro Señor este culto exterior en el espíritu interior del ofrecimiento de todo mi ser, según el espíritu y las intenciones de la santa Iglesia, que quiere honrar a su divino Esposo y Salvador por medio de mí, su adorador delegado.

(27 febrero 1865, NR 44,69)

Un estado de vida que se concreta en el abandono total al Señor y a su voluntad, renunciando a la propia; es el don de sí, el voto de la personalidad.

Es un culto de amor, de homenaje al amor de Nuestro Señor en sí mismo. [...]

Ahora bien, ¿cómo he rendido yo ese culto de amor a Nuestro Señor sacramentado? No está permitido meter nada en el santísimo tabernáculo con la Eucaristía. No se exponen incluso las reliquias más venerables en el altar de la exposición.

Y yo, ¿me meteré allí? ¿Pondría yo meter allí dos tronos? ¿Nuestro Señor no es bastante bueno, bastante amable, bastante grande para tener todo mi corazón y todo mi servicio en la adoración? Pero, oh alma mía, es el fuego, la Eucaristía que purifica o devora, que beatifica o crucifica.

¿Por qué no he amado bastante y bien? Es que no he sabido o querido hacer una verdadera adoración de amor, pero la he hecho demasiado en contemplación especulativa.

He meditado demasiado, no he amado bastante, no he amado en Nuestro Señor y con mi yo.

(27 febrero 1865, NR 44,69)

Al final de su vida, algunos meses antes de su muerte, logrará expresar en una síntesis extraordinaria, este encrucijada vital entre adoración y don de sí, que nos demuestra claramente las implicaciones de una vida enteramente modelada por la Eucaristía en todos sus aspectos.

Hacer de la adoración el eje de mi vida.

Preparar mis adoraciones como se prepara una comida, un discurso solemne.

El alma de mis adoraciones: el don de [sí] propio, la virtud que honra sus anonadamientos eucarísticos.

(2 mayo 1868, NR 45,16)

Conclusión

En el retiro que predica a sus hermanos el año anterior a su muerte (7-14 de agosto de 1867), el padre Eymard afirma: «Sostengo en principio que la gracia de la Sociedad es una gracia de oración y que en esto nosotros debemos distinguirnos de los demás cuerpos religiosos» (PR 114, 1).

Esta forma de oración es la escuela privilegiada para conocer el amor que Dios tiene por nosotros y para asimilarla cada vez más hasta la transformación de nuestra vida entera en una «vida eucarística», un don permanente de sí ofrecido por amor.

Esta forma de oración forma parte de nuestra misión, no solo porque nuestras iglesias de la adoración son un signo de la centralidad de Cristo en la vida de cada uno²⁰, sino sobre todo porque aumenta cada vez más nuestra participación en la misión de Cristo: «Vivo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí» (Gal 2,20).

Es una oración «apostólica» porque se fundamenta en la oración de Cristo, abraza el mundo y la iglesia, y hace suyas las necesidades del momento.

El amor para esta forma de oración es un signo claro de vocación eucarística.

Pero en vuestras adoraciones, hay que estar contentos, hay que gustar a Dios y si ahí no estáis contentos, tiemblo por vuestra vocación.

(12 agosto 1867, PR 114,2)

El padre Eymard es totalmente consciente de la fatiga y del trabajo necesario para apropiarse esta forma de oración.

²⁰ «Debéis ser como Juan Bautista mostrando a Nuestro Señor y viéndose como justo abandonado por los suyos que iban a aquel que les señalaba» [cf. Jn 3,26] (NR 114,2).

Solamente, para gozar de la oración, hay que hacer oración; hay que trabajarla, prepararla, hay que hacerla de ella el fin de todo. Quisierais ser como los israelitas en el desierto donde el maná caía del cielo todas las mañanas y requería solamente que se quisiera recogerlo. No, en la tierra prometida hay que trabajar, haced lo mismo.

(12 agosto 1867, PR 114,2)

Y él nos anima. En efecto, sabemos bien lo difícil que es lograr que esta oración encuentre su lugar en la vida de los religiosos y en la misión de nuestras comunidades.

Me interesa mucho que gustéis de la piedad, esa es vuestra animación. [...]

Si no llegáis en eso a esa satisfacción, os compadezco mucho, seréis la gente más desgraciada del mundo [...] ¡Eh! luego creedme, nadie podrá hacernos felices. [...]

Servid pues a Dios con alegría; ¡estad contentos con Dios!

(12 agosto 1867, PR 114,2)

3. Don de sí y vida consagrada

«Una pequeña familia religiosa universal en la que cada miembro, animado por la pasión de la Eucaristía, Sacramento del Amor de Dios»

«Familia»

La vida del padre Eymard ha sido atravesada por un gran don: «La mayor gracia de mi vida ha sido una fe viva en el Santísimo Sacramento, desde mi niñez» (NR 45,3).

Tras su experiencia de algunos años como sacerdote diocesano, abraza la vida religiosa marista para seguidamente fundar las Congregaciones religiosas de

religiosos y religiosas del Santísimo Sacramento. Pero, concretamente, ¿cómo se entrecruzan en este recorrido la vida religiosa, con sus exigencias, y la vida eucarística, o más sencillamente la Eucaristía? No podemos aquí recorrer ese itinerario de toda una vida. Nos limitaremos a algunos elementos esenciales que muestran cómo la comprensión que el Padre Eymard tiene de la vida consagrada (o vida religiosa)²¹, ha evolucionado paralelamente al descubrimiento progresivo del punto central de su espiritualidad: el Don de Sí.

Una vida religiosa como medio

Podemos decir que la comprensión que el padre Eymard tiene de la vida religiosa es la de su tiempo. Ante todo, el estado de vida consagrada estaba considerado como un medio para realizar mejor el fin, la misión de una Congregación²² (para la nuestra era el servicio de la adoración y el apostolado eucarístico). Además la vida religiosa estaba considerada como un estado de vida que garantizaba más fácilmente (ver los votos) la salvación de los religiosos; No es por casualidad que estuviera indicada como «estado de perfección».

El grupo de personas que perseguían ese ideal forman una nueva familia, una familia religiosa.

Nos lo demuestran estos textos:

²¹ Cf. M. BARBIERO, Vita eucarística e vita religiosa in S. Pierre-Julien Eymard (1811-1868). Dissertatio ad doctoratum in Facultate Theologiae (apud Institutum Spiritualitatis) Pontificiae Ubiversitatis Gregoriana, Verona 1991.

²² Así es como nacieron diversas Congregaciones del siglo XIX: un primer núcleo está formado por personas que se juntan para compartir un proyecto, una obra de caridad, o educativa, o cualquier otra, y luego ese grupo asume los compromisos de la vida religiosa como situación ideal para realizar la misión con la libertad y la devoción que el estado religioso le ofrece.

Para alcanzar mejor este fin eucarístico, emitirán los tres votos perpetuos de pobreza, castidad y obediencia a los que añadirán el voto eucarístico como fin y corona de esos últimos.

(Constituciones, antes de 1863, RR 29,1)

Para mejor servir a Nuestro Señor Jesucristo, es verdad, hacemos dos cosas: por consejo evangélico:

1º, nos juntamos en vida de comunidad; 2º, vivimos según una regla religiosa.

Pero todo eso es solo para llegar más perfectamente al servicio regulado de la adoración, del culto, del apostolado de la divina Eucaristía.

(7 marzo 1865, NR 44,86)

Nuestro Señor Jesucristo en su divino Sacramento es todo el fin de la Sociedad.

Servirlo mediante el culto solemne de la adoración, dedicarse a su gloria por el apostolado eucarístico, esa es toda la vida religiosa del Santísimo Sacramento.

(Retiro a los religiosos SSS, 1859-1863, PR 150, 11)

La vocación religiosa, hermanos míos, es la mayor gracia que Dios ha podido hacernos en este mundo con su misericordiosa bondad. Por ella, nos convertimos en la familia íntima de la Iglesia santa. Es el nombre que se da en Roma a una orden religiosa: familia.

(La vocación religiosa, PR 142,1)

Abierto a un horizonte nuevo

Además de esta visión, que encontramos a lo largo de la vida del padre Eymard, hay también otro filón en el que la Eucaristía no es simplemente el fin sino la fuerza modeladora de una vida totalmente eucarística, que por tanto abarca los compromisos más directamente ligados a la vida religiosa.

Esta visión es ciertamente la más rica e interesante para nosotros, y podemos reencontrarla precisamente a partir de la experiencia central del don de sí hecho durante el Retiro de Roma; es allí donde esta nueva visión, esa nueva perspectiva aparece con toda claridad. Se trata del punto de llegada de un largo recorrido en el que la Eucaristía era su estrella polar.

He aquí un texto interesante que nos muestra la intersección de las dos perspectivas, pero en la que se impone ya la perspectiva más plenamente eucarística.

La santa Eucaristía es fin y medio al mismo tiempo de la perfección de los miembros de la Sociedad; de ahí brota toda gracia, toda virtud y ahí se perfecciona.

Jesucristo en el Santísimo Sacramento es el modelo de las virtudes y de la vida de un religioso; ahí sigue siendo humilde, pobre, dulce, paciente, caritativo.

Ahí es aún como el Cordero inmolado a gloria de su Padre por la salvación del mundo.- Ahí ruega sin cesar por nosotros.- Ahí continúa su vida interior y oculta.

Ese es el Maestro y el modelo siempre vivo, siempre amante del religioso del Santísimo Sacramento. Vivir la vida eucarística de Jesucristo, para su propia perfección. [...]

La vida religiosa no es más que la aplicación de las virtudes evangélicas a su fin eucarístico. Surge y debe

necesariamente surgir de la divina Eucaristía, como a ella debe volver como a su fin.

Por amor

El amor es el que brota de la Eucaristía, y se parte del amor para practicar las virtudes (y no al contrario).

El espíritu de la sociedad no puede ser otro que el espíritu de amor, porque ella debe vivir de la divina eucaristía.

Así, para ser un verdadero religioso, cada uno de sus miembros debe partir del amor para llegar a las virtudes, incluso las más sublimes, y que el amor debe convertirlas en ordinarias. Debe inspirarse del amor en todo aquello que respecta a su servicio. [...]

Ahora bien, con este espíritu de amor, un religioso debe ser muy pronto virtuoso, y el más feliz de los hombres.

(Retiro a los religiosos SSS, 1859-1863, PR 150,15)²³

²³ Cf. También este hermoso texto en PR 149,12:

«El amor de Jesucristo es el que debe hacer un verdadero religioso del Santísimo Sacramento.

El amor debe ser el móvil de todos sus actos, el centro de su vida y fin de todos sus sacrificios.

El amor de Jesucristo debe ser la inspiración: Se piensa con satisfacción en aquel que se ama y ese delicioso pensamiento se convierte en la compañía de su vida.

El amor debe ser la gracia: La gracia de cada uno sigue a su vocación, ahora bien, una vocación eucarística es una vocación total de amor, como su fin.

El amor debe ser la regla, ya que debe ser soberano en el religioso. Todas las virtudes deben estar al servicio del amor de Jesucristo como servidores, solo son el ejercicio, la prueba, como la fidelidad, la entrega, la piedad filial, son solamente el fruto natural del amor de un buen servidor, de un buen hijo.

En el religioso del Santísimo Sacramento solo debe haber pues una virtud real: el amor, pero el amor soberano que vive de todas las virtudes y que se llama amor humilde, dulce, paciente, mortificado, caritativo.

Por tanto, cuando tengo que practicar la humildad, la caridad, la abnegación, la pobreza no tendré más que hacer un acto de amor a Dios en el acto de virtud que debo practicar. Es como si yo dijera: "Dios mío, os amo con todo mi corazón y para demostrároslo quiero hacer este acto de humildad", y así mi vida se simplifica en el amor; y del amor, voy a todo, como todo el alimento en mí está fortalecido ahí».

Un amor que impulsa no solo a dejar todo por el Señor (votos) sino también al don de sí:

1. Yo he dejado todo en el mundo: bienes, amigos, bienestar, gloria humana, todo lo he dejado generosamente, sin reticencias, como sin condición alguna. He hecho como los discípulos para seguir a Jesús, que decía a cada uno:

“Sígueme”, y dejándolo todo, incluso a su padre, le siguieron [cf. Mc 1,20; Lc 5,11].

Pero todo esto no ha terminado para mí, ahora es necesario que yo me despegue de mí mismo, porque Jesús ha dicho: Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo. [Mt 26,24].

¿En qué consiste esa abnegación evangélica? Es despegarse de su vida individual para vivir de la vida de Jesucristo; es renunciar a sus ideas propias, a sus gustos, a su manera de actuar, a su voluntad propia, para adquirir la virtud real de Jesucristo: la obediencia. Pero la obediencia del amor que solo tiene un deseo, una satisfacción, un bienestar, el de San Pablo: Para mí, la vida es Cristo.

[Fil 1,21].

1.2. Renunciar a mí mismo, es mucho, es el cada día estoy muriendo, [1 Cor. 15,31], para que repose sobre mí el poder de Cristo [2 Cor 12, 9].

Pero esto no basta, es preciso que yo me entregue sin condiciones, y que me abandone a su beneplácito, que yo me entregue a su gracia como el barro en manos del alfarero [Cf. Si 33,13], para que me renueve y me haga un bueno y verdadero adorador. Es necesario que le entregue mi espíritu, mi corazón, mi cuerpo, mi vida toda entera, a fin de que les inspire, los forme, los perfeccione en la santidad de la divina eucaristía.

¡Oh Señor Jesús! vive en mí, reina en mí, gobierna en mí, para que tú puedas, en todas las cosas, vivir en mí, reinar en mí y mandar en mí.

II. Es necesario que yo me ponga enseguida a servirle para el cumplimiento de la Regla de la Sociedad del Santísimo Sacramento y según su espíritu.

La divina Eucaristía, he ahí mi fin, la regla interior de mi vida; esa es la gracia de amor de Jesucristo.

(Retiro a los religiosos SSS, 1859-1863, PR 150, 22,23).

Esto es lo que se expresa en nuestra Regla de Vida²⁴.

La herencia del Padre Eymard

La vida consagrada no es otra cosa que un itinerario de «configuración al Señor Jesús en su oblación total de él mismo [...] un itinerario que permite apropiarse progresivamente los sentimientos de Cristo hacia su Padre».

Ese es el objetivo que, Vitae Consecrata 65, los candidatos a la vida religiosa deben proseguir en el curso de su formación inicial, e igualmente el objetivo de la formación permanente de los religiosos. Ese es el ideal previsto por los santos: ¡configurarse a Cristo!

Durante el Gran Retiro de Roma en 1965, el P. Eymard siente también él la llamada a una nueva manera de compartir la vida de Cristo, su relación con su Padre, el don de su vida por la salvación del mundo. En otros términos, el P. Eymard siente que no basta ser un apóstol de la

²⁴ «No podemos vivir la Eucaristía sin estar animados por el espíritu que llevó a Cristo a dar su vida por el mundo. Cuando anunció la nueva alianza por el don de su Cuerpo y su Sangre, el Señor se entregó por amor. Asociados al don que nos hace de sí mismo, nos ponemos al servicio del Reino, realizando las palabras del Apóstol: "Vivo, pero ya no soy yo, es Cristo quien vive en mí"» (RV 4).

eucaristía, sino que Dios le llama a ser también él «memoria viviente» de la vida de Cristo, asimilando sus sentimientos y configurándose a su oblación total.

La comunión con Cristo en la eucaristía hace todo esto posible en él, a condición de aceptar esa transformación en un abandono total, y por el don exclusivo e irreversible de él mismo.

He aquí algunos textos que dan testimonio en este pasaje de esta experiencia pascual.

Nuestro Señor me quiere totalmente a mi servicio eucarístico. Y es cierto, Él es bastante grande, importante para pedir toda mi persona. [...]

Al final de mi meditación me ha venido un pensamiento muy hermoso, seguramente por la misericordia de Nuestro Señor, yo le preguntaba cómo me quería a su servicio. Y entonces me parece entender esta palabra: “Sé a mí, en mi sacramento, como yo he sido a mi Padre en mi encarnación y mi vida mortal”

Este pensamiento me ha impresionado vivamente. Yo he agradecido al Buen Maestro. Y me he entregado de nuevo a Él, para ser todo para Él, como Él lo estaba para su Padre. Pero como Jesús es a su Padre en su vida divina de Verbo, como estaba para su Padre en su vida mortal, como está para su Padre en su vida sacramental, así es lo que yo debo examinar, repetir en mí.

¡Oh, qué hermoso pensamiento! Yo debo ser para Jesús lo que Jesús es para su Padre: Yo en ellos, y Tú en mí [Jn. 17,23]. –Como el Padre me ha amado, yo también os he amado. Permaneced en mi amor [Jn. 15,9]. Este es el Cristo quien vive en mí [Ga 2,20 de San Pablo].

Pero pidamos para ver esta verdad, y entregarnos en ello, cuerpos y bienes.

(21 febrero 1865, NR 44,57).

Ahora bien, hasta aquí yo estaba en el pensamiento intelectual de la eucaristía, en el estudio de la eucaristía, en los medios exteriores exitosos y no en el meollo, en el corazón de ese amor divino. He ahí por qué siempre estoy agitado. Trabajo mucho de espíritu, de cuerpo, de lo exterior, pero no del corazón, del afecto. También, mi centro era el espíritu, la ciencia de la eucaristía, del inicio de la Sociedad, y no su centro de vida, -centro que me debe ser tan fácil, ya que yo tengo la idea, el conocimiento.

- Centro que es mi gracia de estado,
- Centro que debe formar y alimentar las virtudes cristianas y evangélicas, sin que yo necesite buscar en otra parte.
- Centro que me alimenta por sí mismo, ya que esta es una atmósfera de luz, de suavidad, de paz.
- Es Nuestro Señor.

Pero es necesario ¡oh yo! Que Tú salgas del Tú, que Tú vivas del corazón, en la bondad de ¡Jesús Eucaristía! Es necesario un amor de noble pasión que levante todo de un golpe, que done todo de una vez. El mismo vivirá por mí porque El mora en mí. [cf. Jn 6,37-58].

(5 marzo 1865, NR 44,81).

Es necesario pues que yo esté unido a Nuestro Señor Jesucristo como lo estaba a la dirección de su persona divina la naturaleza humana, como lo estaba todo Jesucristo a su Padre.

Mas para esto, es necesario estar unido con una unión de vida recibida, comunicada. Es necesario que esta rama esté caldeada por el sol para recibir la sabia licuefacta.

Ahora bien, este sol reparador que trae esa sabia divina, es el recogimiento, es el deseo, es la oración, es el don de sí, es ¡el amor! ¡Ven, Señor Jesús! (Ap 22,20)

-¡Mi vida y mi única esperanza!

(23 marzo 1865, NR 44,124)

He aquí una nueva perspectiva para las exigencias de la vida religiosa: Cristo que se entrega en la eucaristía y que le empuja al don de sí mismo, se convierte en el punto de partida, la inspiración, la gracia para vivir su propia consagración, sus votos, su relación con sus hermanos, su misión, ante él mismo «memoria viviente» ante Él. «Vivo pero no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí» (Gal 2,20)²⁵. Los compromisos y el estilo de vida evangélica que la consagración religiosa exige, no son ya un medio para realizar su misión eucarística, sino el testimonio del modo de vida de Jesús –castidad, pobreza²⁶, y obediencia- que Él ha confiado a los apóstoles durante su vida pero sobre todo en la última cena: «haced esto en memoria mía». Por los dones eucarísticos Él les confía la memoria viviente del don de sí mismo al Padre y al mundo. («Cuerpo donado, sangre derramada») y Él lo ofrece a los apóstoles para que ellos lleguen a ser –a la hora de su desaparición- memoria suya en el mundo: «Como el Padre, que vive, me ha enviado, y yo vivo por el Padre, del mismo modo el que me come vivirá por mí». (Jn 6,57).

La Regla de Vida

Todo esto está muy bien expresado en la Regla de Vida que ha sabido recoger estos aspectos característicos del P. Eymard donde se entrecruzan vida consagrada y don de sí. Es en el número 15 (la profesión religiosa), muy al comienzo de la parte tercera de la Regla (Una respuesta radical), que presenta nuestra consagración religiosa y los

²⁵ «La vida consagrada constituye en verdad una memoria viviente del modo de existencia y de acción de Jesús como Verbo encarnado en relación a su Padre y a sus hermanos. Ella es la tradición viviente de la vida y del mensaje del Salvador» (VC 22).

²⁶ Durante el retiro de Roma, el P. Eymard reflexiona sobre su vida religiosa y sus votos. Pero el voto que principalmente desarrolla y que reencontramos en muchas meditaciones es el voto de pobreza, un aspecto especialmente importante también para nosotros hoy. He aquí algunas de esas reflexiones: 19 febrero 1865, NR 44,50 – 54; 9 Marzo 1865, RN 44, 90, 92-93.

compromisos que derivan de ella (castidad, pobreza y obediencia) en esa perspectiva eymardiana:

Alimentados por Cristo que se nos da totalmente en la Eucaristía expresamos en nuestra forma de vida la donación de nosotros mismos tal como fue vivida y enseñada por nuestro santo Fundador.

Este aspecto se recoge de nuevo en la fórmula de la profesión religiosa (RV 102).

Interpelado por el amor de Dios manifestado en Jesucristo y celebrado en la Eucaristía, me propongo responder al don de Dios con el don de mí mismo.

Un don que hay que renovar cada vez, llevando a cumplimiento el don que hicimos de nosotros mismos el día de nuestra profesión perpetua durante la celebración de la Eucaristía²⁷.

Para concluir

Es pues, a partir del corazón, de la Eucaristía, que los votos, la vida fraterna, el servicio, el testimonio del mundo futuro adquieren ese resplandor particular, un resplandor que nos pertenece, es el don de sí del P. Eymard y el nuestro.

Esta perspectiva da un sabor, un tono particular a la vida consagrada de nuestras comunidades, llamadas a ser testigos de la vida que brota de la Eucaristía.

Llamados a vivir en comunidad eucarística intentamos por nuestra vocación y nuestra manera de vivir dar un

²⁷ Sobre la relación entre vida religiosa y Eucaristía, cf. F. SALVI, Vita Consecrata de Eucharistia – La vida consagrada vista desde la Eucaristía, 1 Agosto 2009, www.curiass.net.

testimonio más explícito de la vida de Cristo que brota de este sacramento. (RV 21)

Esto es lo que el P. Eymard llama: «la vida religiosa eucarística» (NR 44, 69).

4. Don de sí y misión SSS

«Proponer al mundo, con audacia y creatividad, la vida en la Eucaristía» «misión». Cuando hablamos de nuestra misión, ¿qué entendemos por eso exactamente? ¿Podemos aclararnos por la experiencia que el P. Eymard ha vivido con el don de sí y durante los últimos años de su vida?

El anuncio del testimonio

Para cada discípulo de Jesús, no hay nada mejor que haber conocido a Jesús y comunicarlo a los demás. De hecho, este del que el mundo tiene más necesidad es el amor de Dios, encontrar a Cristo y creer en El. En este contexto el misterio eucarístico tiene un lugar fundamental. En la última cena Jesús ofrece la posibilidad a cada generación de conocer y de reencontrar este amor de Dios para nosotros. Los discípulos se convierten en los anunciadores y los testigos.

He aquí pues nuestra misión, sobre los pasos del padre Eymard. «Buscó la respuesta a las necesidades de su tiempo. La encontró en el amor de Dios manifestado de forma especial en el don de Cristo, en su Eucaristía. Fue subyugado por este amor y lo reveló a sus contemporáneos» (RV 2).

La primera dimensión de nuestra misión es dar testimonio de esta nueva vida con nuestro modo de ser²⁸.

²⁸ «El primer mensaje de nuestras comunidades es el testimonio de su vida» (RV 37).

Un proceso difícil

En los últimos años de su vida San Pedro Julián tiene claro a qué espíritu el destino de sus Congregaciones queda ligado a la autenticidad de la vida, comenzando por él mismo. Esta toma de conciencia es evidente en sus últimos Retiros personales.

Yo comprendo, en fin, que Dios ama mejor un acto de mi corazón, el don de mi persona, que todo aquello que yo pueda hacer fuera. Que un acto interior le es más glorioso y amable que todo el apostolado del universo.

(24 mayo 1863, NR 42,9)

En mi acción de gracias, me he entregado pues al amor de Nuestro Señor. Estos dos pensamientos me han impactado:

1. Es por el amor, y el amor del Santísimo Sacramento por el que me atrae Nuestro Señor. Es mi gracia.

2. Él me ha dado una misión de amor, y de amor al Santísimo Sacramento.

Ahora bien, ¿cómo responder a estas dos gracias si yo no amo con un amor absoluto, continuado, vital? Imposible [de otro modo].

(3 marzo 1865, NR 44,78).

¡Oh Dios mío, Dios mío! ¿Qué tengo que pensar de mí? Desde hace 43 años yo comulgo a menudo. Me habéis dado todo aquello que la Eucaristía puede dar de honor, de poder y de gracias. Tengo la misión de vuestro admirable y adorable sacramento en el mundo entero y ¡Ay! yo no soy aún adorador. No tengo la santidad primera de mi estado, la virtud abecedaria de mi vocación religiosa. No sois todavía mi ley soberana, el centro de mi corazón y el fin de

mi vida. ¿Qué es pues necesario para triunfar de mi alma?
O la Eucaristía o la muerte.

(3 marzo 1865, NR 44,79).

Lo que la Iglesia espera de nosotros es más del orden del ser que del hacer²⁹.

He aquí un aspecto de nuestra misión que surge de la reflexión de estos últimos años sobre la espiritualidad eucarística (renovada):

Los fieles cristianos necesitan una comprensión más profunda de las relaciones entre la Eucaristía y la vida cotidiana. La espiritualidad eucarística no es solamente participación en la misa y devoción al Santísimo Sacramento. Engloba la vida entera.

(Sacramentum Caritatis, 77)

El verdadero corazón vibrante de nuestra familia religiosa, se encuentra justamente en esta experiencia transformante de la que la Eucaristía es la fuerza modeladora. En ella el Espíritu lleva a su madurez la conformación progresiva en Cristo, él nos impulsa al don de nosotros mismos hasta el “*absque sui proprio*”, a vivir el amor de Dios en una comunidad de hermanos y construir el Cuerpo de Cristo.

Solamente a partir de esa experiencia profunda, obra del Espíritu, es como nosotros seremos -como el padre Eymard- anunciadores y testigos de una Eucaristía capaz de renovar las personas, la Iglesia y el mundo. La participación en la Pascua del Señor nos hace entrar en ese dinamismo de liberación y de configuración con Cristo.

²⁹ Cf. Sacramentum Caritatis, 81.

La fecundidad de la misión nace de la unión con Cristo

Las reflexiones que siguen al voto de la personalidad del 21 de marzo de 1865, ponen en evidencia el origen de este nuevo modo de ser: de la unión con Cristo después de un abandono total. Solo esta unión hace la misión fecunda, bajo todas sus formas.

He visto y sentido que todo mi disgusto ha sido por estar fuera de Jesús. He estado en sus criaturas, su servicio, lo material. He sido su recadero, [su] centinela a su puerta, su oficial de ordenanza, ¡ay! cuando él me quería con él. Yo quería ser Marta cuando él me quería a sus pies, donde solamente yo encontré la paz. Mi consejo, mi fuerza y mi virtud solo están en Jesús.

(23 mayo 1863, NR 42,8)

De esa unión viene el poder del hombre. Lo mismo que el sarmiento no puede por sí mismo dar fruto so no está unido a la vid, así vosotros tampoco, si no permanecéis en mí. – Sin mí no podéis hacer nada. [Jn 15,4-5]. Ved que está claro. – nada. Ahora bien, si la fecundidad del sarmiento viene de su unión con el tronco, con la savia, así mi fecundidad espiritual viene de mi unión con Jesucristo. Ego sum vita [Jn 14,5]. De la unión de mis pensamientos con sus pensamientos, de mis palabras con sus palabras, de mis deseos con sus deseos, de mis acciones con sus acciones. La vida de mis miembros viene de la sangre del corazón; y la sangre, del alimento. Yo soy el pan de vida, el que me come tiene la vida eterna [Jn 6,35; cf. Jn 6,55].

He ahí pues el principio y el centro de mi poder de santidad y de sabiduría: La unión con Nuestro Señor. La nulidad viene por su ausencia. Es el sarmiento desechado y cortado.

(22 marzo 1865, NR 44, 122)

Hace mucho tiempo que Nuestro Señor me atrae a esa vida de unión, mostrándome el vacío y el daño de las criaturas, mi propia nada, etc. Él quiere ser toda mi vida:- la ciencia de mi espíritu, de mi ministerio. Es pues a sus pies donde debo instruirme.

¿Qué he hecho yo de bueno cuando no he descansado sino en mi trabajo, mis estudios, un poco de experiencia, incluso sobre la de los demás? Nada. Menos que nada. Todo lo he echado a perder. Ha habido que rehacerlo todo. Eso no valía nada. Nuestro Señor no era la luz primera, la ciencia divina.

(23 marzo 1865, NR 44, 124)

Es necesario pues que yo este unido a Nuestro Señor Jesucristo como lo estaba a la dirección de su persona la naturaleza humana, como lo estaba totalmente Jesucristo a su Padre.

Mas para eso, hay que estar unido en una unión de vida recibida, comunicada.

Es necesario que este sarmiento sea caldeado por el sol para recibir la savia licuada. Ahora bien, ese sol preparatorio que atrae esa savia divina, es el recogimiento, es el deseo, es la oración, es el don de sí, ¡es el amor!

¡Ven, Señor

Jesús! [Ap. 22,20].- ¡Mi vida y mi única esperanza!

(23 marzo 1865, NR 44, 124)

El árbol y los frutos

Pablo ha encontrado una imagen extraordinaria para expresar esta nueva realidad: Nosotros, su comunidad, su Iglesia, sus discípulos y apóstoles, somos «su cuerpo». De otro modo dice: somos la encarnación de Cristo en la

historia, su presencia para el bien de la humanidad, sus manos, sus pies, su corazón. La Iglesia no produce en la historia sus obras, sus acciones, su presencia incluso, salvo que viva como «cuerpo de Cristo».

El árbol se reconoce por sus frutos y los frutos deben ser los mismos del maestro. Jesús ha establecido la condición para llevar sus frutos: «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ese da mucho fruto, pero fuera de mí no podéis hacer nada. Si alguno no permanece en mí, es como el sarmiento echado fuera y se seca. Los sarmientos secos se reúnen, se echan al fuego y arden». (Jn. 15, 5-6).

Los frutos de los sarmientos bien insertados en la vid, son el signo de una comunidad eucarística auténtica. La prueba de su identidad; el discípulo, el apóstol, no está llamado a retirarse a zonas reservadas o a oasis de paz... sino que está llamado a escuchar el grito del que sufre, a ver las miserias que afligen a la gente, a sentir la misma compasión de Cristo y a participar con El, en El y por El (somos «su cuerpo») para la construcción de un mundo nuevo, libre del pecado.

Adorar y predicar

Justamente al final de su retiro es cuando la síntesis sobre la misión de la Congregación aparece con más evidencia. No es cuestión de hacer un contraste entre la contemplación y la acción, la adoración y el servicio.

Esas palabras del P. Eymard -sobre un tono un poco militar- deben ser entendidas a la luz de su experiencia, el don de sí por amor. La misión de su Congregación nace y se alimenta de una relación nupcial con el Señor que se entrega en la Eucaristía, nace de una comunión de vida profunda, una comunión que revela la belleza y la medida de su amor.

Hoy nosotros tenemos las dos grandes misiones de la milicia: servir y combatir.

Pero hay que tener las virtudes militares: estar libre de todo para estar totalmente al servicio del Maestro:

- No tener más que una ley, su servicio;
- Un solo deseo, su gloria;
- Una sola satisfacción, darle a conocer, amar y adorar;
- Una ambición, dar gloriosamente su vida por el amor y mayor gloria de la Eucaristía.

Así, nuestra parte es la más bella. Ella es también la más actual.

No se trata ya de una verdad de fe a defender, sino del Rey de la verdad atacada por todas partes;

- De hacer profesión de una virtud evangélica, pero del servicio de Nuestro Señor, abandonado en su divino sacramento;
- De combatir la gran herejía del siglo, la indiferencia;
- De hacer fundir este hielo que petrifica todos los corazones,
- De predicar la divina eucaristía a tiempo y a contratiempo;
- Que en toda relación de sociedad, que en todo acto exterior, Nuestro Señor tenga su parte. Con tal que Cristo sea anunciado, ¿qué me importa? [cf. Fil 1,18].

La flor tiene su forma, su color, su perfume, todos los mismos. En el cielo, es siempre el mismo canto de gloria y amor. Por tanto, un adorador apóstol debe siempre adorar y predicar a Jesús Hostia.

(29 marzo 1865, NR 44, 136)

He aquí una formulación madura de esta visión amplia de la misión SSS:

Apostolado eucarístico

La Sociedad del Santísimo Sacramento no se contenta con adorar, amar y servir al Dios de la Eucaristía; su celo por su

gloria quiere hacerlo adorar, amar y servir por todos los hombres, elevarle por todas partes un trono de amor y procurarle adoradores fieles. Jesús ha dicho: “He venido a prender fuego a la tierra. ¡Y cuánto deseo que ya esté ardiendo! [Lc 12, 49].

(Retiro sobre la vocación eucarística, PR 149, 11)

Lo que el P. Eymard pone en cuestión -sobre todo durante el gran Retiro de Roma- no es el bien que hace, por su predicación, su atención por los pobres... sino la calidad y la intensidad de su unión con Cristo, la verdadera condición para que los frutos sean los suyos, que sean buenos y no «dañados» por la búsqueda de sí, del éxito de la Congregación... los frutos dependen de la adhesión profunda a la viña.

Una misión específica SSS

Pero en la práctica ¿cómo se concretiza nuestra misión, cuál es la característica de nuestra contribución a la Iglesia y al mundo?

En otros términos, en comparación con otras Congregaciones, ¿qué es lo que caracteriza nuestra misión en tanto que religiosos del Santísimo Sacramento?

Esta cuestión está presente desde siempre en la vida de nuestra Congregación, incluso después de la aprobación de la Regla de Vida, con su nueva visión de la Eucaristía a partir de la celebración³⁰. Es una cuestión que afecta de modo particular a la parte más joven de la Congregación.

³⁰ «La celebración del Memorial del Señor es el centro de nuestra vida personal y comunitaria.

Es el punto de partida de nuestra comprensión de la Eucaristía e inspira nuestra oración y nuestro compromiso» (RV 21).

Hay dos extremos a evitar. Pensar que, como la Eucaristía está implicada en todos los aspectos de la vida de la Iglesia, podemos hacerlo todo, a condición de hacerlo con un «espíritu eucarístico». El exceso contrario: encuadrar las expresiones de nuestra misión en una clave de actividades restringidas e idénticas para toda la Congregación. Esta segunda manera de concebir nuestra misión específica refleja la vida de la Congregación antes del Concilio, la primera refleja un modo de actuar bastante extendido después de la aprobación de la Regla de Vida.

Es una cuestión muy seria: si la sal se vuelve insípida, nos advierte Jesús, no sirve para nada (cf. Mt 5,13). El riesgo de perder su identidad específica es real para todo Instituto religioso. No se trata ante todo de preocuparse de tener una identidad para «distinguirse», sino para responder mejor al don recibido del Espíritu y ponerlo al servicio de la Iglesia y del mundo. Si no somos nosotros es porque Dios nos ha llamado y querido, no tendremos ya razón de ser.

No debemos olvidar que somos una Congregación (probablemente la única) que tiene la Eucaristía como su misión. Muchas otras Congregaciones tienen una característica eucarística, practican la adoración, se inspiran en la Eucaristía... pero ninguna ha sido fundada para la Eucaristía, ninguna tiene la Eucaristía como su propia razón de ser.

Un primer aspecto unido a este reto es la competencia. Si no tenemos una competencia específica sobre la Eucaristía, es ciertamente difícil proponerse como con una misión específica. No se trata solamente de tener una licencia en teología o un diploma, sino que es necesario tener una pasión profunda por el sacramento de la Eucaristía (Eymard habla de una pasión de amor), que nos lleva a querer profundizar cada vez más el conocimiento y la experiencia de este sacramento.

Un segundo aspecto es ciertamente el de clarificar el ámbito de nuestra misión. Me explico con un ejemplo. Si la Eucaristía es el corazón vibrante de la vida de la Iglesia, nosotros somos los «cardiólogos», es decir que nuestra misión es la de actuar de tal modo que ese corazón vibrante esté en «buen estado», que sea verdaderamente la fuente y el alimento de la vida de la Iglesia. Si ampliamos demasiado ese ámbito, haremos seguramente el bien, pero no nuestra misión.

Un tercer aspecto es por supuesto la capacidad para identificar formas concretas que nos permitan expresar nuestra misión específica. Las indicaciones útiles no faltan. Me refiero en particular a los números 33-45 de la Regla de Vida y particularmente al número 34 en el que – caso único en la RV – se incluye, como parte integrante del texto, la cita de los EG 34.02.

Para la aprobación definitiva del texto de la RV, la Santa Sede insistía en que había que dar indicaciones más concretas, más específicas sobre las formas precisas de nuestra misión. Por nuestra parte, no se quería dar indicaciones demasiado cerradas que habrían limitado nuestra misión en su amplitud y su creatividad. ¡Se llegó pues a este compromiso! Pienso que ese texto (EG 34.02) nos ofrece toda una serie de indicaciones que podrían ayudarnos a imaginar la forma a dar a nuestra misión SSS, en la fidelidad al fundador, a la historia del Instituto y a los retos de nuestro tiempo. Sin olvidar que corresponde a la Provincia en su conjunto – y no a cada comunidad – definir la variedad de expresiones de nuestra misión al servicio de la Iglesia y del mundo (EG 35.01).

En el retiro que el Padre Eymard predicó a nuestros religiosos en agosto de 1867, se encuentra este pasaje interesante y estimulante en el cuadro de una reflexión sobre nuestra participación en la misión de la Iglesia.

Id y enseñad a todos los pueblos [Mt 28,19]. Y nosotros tenemos que predicar la Eucaristía, con nuestras obras, con nuestros escritos, y con nuestras palabras.

Nadie debería hablar mejor que nosotros de la Eucaristía. Nosotros somos sus religiosos. ¿Quién habla mejor de Dios que los evangelistas? Y eso no es un título de gloria, es su profesión. No decía San Pablo: Desgraciado de mí si no anunciara el Evangelio. [I Co 9,16]. Pues bien, nadie debe hablar más y mejor que vosotros de la Eucaristía. Eso llegará. Yo no comprendería que un religioso del Santísimo Sacramento pueda querer primero cualquier otra ciencia.

¡Nuestro estado es la Eucaristía! Y si nosotros no sabemos hacer la aplicación en eso, no tenemos la ciencia de nuestro estado.

Se ignora la Eucaristía, no se predica sobre ella. Los fieles se lamentan y esperan a los que les distribuirán la palabra de vida verdadera [...] ¿Qué profesional no habla de su profesión? Como san Pablo no que queriendo saber más que a Jesús, y Jesús crucificado [I Co 2,2], así nosotros, solo debemos saber el Santísimo Sacramento. Si no es así, no estamos aún en la plenitud de nuestra gracia. Estáis llamados a prender fuego en las cuatro esquinas del mundo.

(10 agosto 1867, PR 107,3)

Conclusión

Al llegar al final de su largo retiro, tras haber hecho el voto de la personalidad, el padre Eymard está enteramente presto a una total disponibilidad al abandono.

Nuestro Señor me ha concedido un gran gracia en esta meditación de adoración; la de darme a él, no solamente en palabras, sino en poder [ITes 1,5].

He visto bastante, estudiado bastante. Hay que poner manos a la obra.

(28 marzo 1865, NR 44,133)

Si nos preguntamos: ¿dónde podemos identificar, en los próximos tres años, los «efectos» de la experiencia extraordinaria de ese Retiro que ha conducido al don de sí? Ciertamente no podemos encontrar la respuesta a esa pregunta en episodios o acontecimientos espectaculares.

Recorriendo de nuevo los escritos y los testimonios de estos últimos años, emana de ahí un luz que revela una existencia transformada, que es claramente percibida por los que dan con ella. Son tres años difíciles, marcados por el sufrimiento y la cruz. Pensemos en la fundación desastrosa de Namur. Desde el punto de vista económico, condujo a sus dos Congregaciones al borde del fracaso; desde el punto de vista civil, estuvo implicado en procesos intentados por la presunta benefactora; desde el punto de vista religioso, la pérdida de la estima de los obispos; desde el punto de vista humano, un sufrimiento indecible por haber sido engañado y burlado, como un débil de espíritu.

Soportará también la separación de su primer compañero, el padre de Cuers, que en junio de 1867 saldrá para inaugurar una especie de ermitaño eucarístico en el sur de Francia.

Durante esos años, debe hacer frente a la fragilidad de su Congregación todavía con sus primeras armas, y a la dificultad de inculcar a la primera generación el espíritu y el carisma del Instituto³¹.

³¹ En una confidencia a Margarita Guillot, el 20 de julio de 1867, el padre Eymard dice: «Ustedes son felices, verdaderamente han progresado más que nosotros; cuando yo veo a mi gente digo al buen Dios: “pero ¿dónde has ido a buscarlos?”» (Journal, t. III, p. 130).

Pero son sobre todo los años marcados por la gran prueba de la fe: vive la experiencia de la «noche oscura», de la aridez espiritual, de la ausencia de consuelo, del oscurecimiento de la presencia de Dios: «Mi alma está helada. Jesús no hace ya lucir su buen sol. [...] El fondo de mi corazón espera a Dios. *De profundis clamavi* (Sal 129,1)» (30 abril 1868, NR 45,11).

A pesar de todo, aunque estaba en una situación muy difícil, sus cartas, sus predicaciones, su relación con los demás muestran un padre Eymard particularmente dulce, paternal y maternal, misericordioso, siempre dispuesto a excusarse, a perdonar, a hablar bien incluso de los que le hacen sufrir y son injustos con él; agradece siempre al buen Dios que «permite» que cuanto le llega, por su plan misterioso, apunta solamente a su bien y al de la Congregación.

Los que se acercan a él, tienen la clara percepción de estar en presencia de un hombre consumido por el amor de Dios, olvidándose de sí mismo y benefactor y misericordioso con todo el mundo.

Agotado y doblegado por las pruebas, le prescriben un reposo absoluto. Su objetivo es el de dirigirse al santuario de Laus, un lugar muy querido, donde piensa estar algunos días para descansar, tras un paso por su familia. Pero seguirá en La Mure donde llega por la tarde del 21 de julio ya con los signos de una parálisis en curso. Está lúcido pero apenas consigue hablar, Durante los días siguientes, su habitación es el lugar de un trasiego de personas que acuden a saludarlo, pedirle una bendición y una oración; él está siempre dispuesto, paciente y sin mostrar nunca un gesto de contrariedad.

Llegan también sus religiosos a su cabecera y, viendo si fin próximo, le preguntan si tiene algunas últimas consignas que quiera transmitir, algún mensaje. Responde: «no». Su

Congregación está en las manos de Dios, que la ha querido; quizás no comprenden que él es el verdadero mensaje, la consigna, la «memoria viviente» de una vida auténticamente eucarística. La sencilla gente de La Mure lo comprenden, cuando al morir exclaman: «¡el santo ha muerto!», porque han reconocido en él la transformación que le ha hecho una «memoria viviente» de Cristo.

La vida del padre Eymard está atravesada por un gran don: «La mayor gracia de mi vida ha sido una fe viva en el Santísimo Sacramento, desde mi niñez» (NR 45,3). Este don se convierte en una misión que él nos confía hoy, para que todos puedan conocer y acceder al mayor don que Cristo nos ha dejado: la Eucaristía.

Con la santa Eucaristía, es el paraíso; sin ella, el infierno.
Con la santa Eucaristía todo es dulce y fácil; sin ella todo es amargo e intolerable.

Con la santa Eucaristía la vida es amable; sin ella, es insoportable, es preferible la muerte.

De este centro de amor es del que habla Jesucristo cuando dice: “El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él [Jn 6,56]. Permaneced en mí, y yo en vosotros [Jn 15,4]. Permaneced en mi amor”, [Jn 15,9].

San Pablo vivía en ese centro divino: **Para mí la vida es Cristo, [Fil 1,21].**

(Retiro sobre la vocación eucarística, PR 149,13)
P. Fiorenzo SALVI, SSS
Chicago, Illinois (EE.UU.), 12 de junio de 2017

ORACIONES EN PREPARACIÓN AL III CAPÍTULO PROVINCIAL DE LA PROVINCIA NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE



ORACIÓN CAPITULAR

¡Ho Dios!, tú que nos llamaste al discipulado Eucarístico, ilumina a los capitulares, en su discernimiento, y realiza en nosotros el Don de Si vivido por el Padre Eymard, a fin de que Cristo viva en nosotros.

Por NSJC, AMEN.

ORACIONES PARA EL OFICIO DE LA MAÑANA Y DE LA TARDE

Lunes:

Señor, Tú que todo lo creaste con tu poder y todo lo conservas con tu Providencia,

- haz que el capítulo provincial sea un momento fuerte de renovación espiritual y pastoral de toda nuestra Provincia.

Martes:

Señor, tú que te entregaste a nosotros con el Don de tu Pascua, la Eucaristía,

- concédenos unirnos a ti a ejemplo de San Pedro Julián Eymard.

Miércoles:

Señor, tú que enviaste a los Apóstoles para anunciar tu Reino,

- ayuda a la familia Eymardiana a realizar su misión Eucarística en la Iglesia.

Jueves:

Señor, tú que nos enseñas a vivir lo que rezamos;

- haz que seamos semillas de tu reino en nuestras comunidades Sacramentinas.

Viernes:

Señor, tú que nos guiaste con las luces de tu Espíritu;

- ilumínanos para que realicemos los proyectos capitulares y colaboremos en la construcción de una vida más Eucarística.